
EL VIAJE DE STEINBECK Y SU PERRO CHARLEY

We find after years of struggle that we do not take a trip:
a trip takes us
John Steinbeck, *Travels with Charley in Search of America*

JULIA ESCOBAR
VILLEGAS

John Steinbeck partió de Nueva York una mañana de otoño de 1960, justo después del *Labor Day*, cuando la vida cotidiana estadounidense se despedía del verano y volvía a la normalidad: los jóvenes a las escuelas, los adultos al trabajo. A su lado sonreía Charley, su perro, un gran *French poodle* azul oscuro.

Realmente, el viaje había iniciado antes. Un viaje siempre empieza desde que irrumpe esa cierta ansiedad de partir. Steinbeck la describió como un prurito innato e incurable que, cuando asalta, hay que mitigarlo marchándose.

Rondaba los sesenta años y era un escritor famoso: había ganado el premio Pulitzer veinte años atrás, y tan solo dos años después recibiría el premio Nobel. De modo que justificó su viaje en la necesidad de conocer más a fondo su país para sentir y descubrir sus múltiples realidades, temas de su escritura.

Sin embargo, aquel viaje también era su manera de reaccionar contra la recomendación médica de aceptar la llegada de la senectud. Rehusándose a aligerar la intensidad

habitual de su vida solo para extenderla un poco más, asumió el viaje como un antídoto contra el veneno de ser declarado oficialmente un hombre frágil.

Quería, además, despojarse de su identidad y volver a ser anónimo, libre de relacionarse con gente sencilla y de ser tratado como tal. Empezó el camino en una caravana diseñada a su gusto con las comodidades básicas. La había llamado *Rocinante* y estaba abastecida de herramientas, víveres, licores, libros, papeles, tinta e incluso rifles, por si tenía que camuflarse en cazador.

Al salir de la ciudad, Steinbeck aparcó su vehículo y extendió sus mapas para estudiar la ruta.

La inmensidad de Estados Unidos apareció ante sus ojos y lo desconcertó. Comprendió de súbito, en toda su dimensión, el ambicioso proyecto que afrontaba y comparó la angustia de realizarlo con la que experimentaba al empezar a escribir una novela: una sensación de imposibilidad, de fracaso anticipado.

Como los proyectos literarios, un viaje no puede controlarse más que

paso a paso, así como se avanza página tras página, gradualmente. Los mapas, por tanto, encierran una tiranía, pues no se identifican con la realidad. Al contrario de los viajeros que solo miran la guía y no el camino, Steinbeck optó por arrojar al viaje. Los descubrimientos más valiosos del viajero emergen cuando este permite que el viaje lo transforme.

En su casa rodante fue cruzando los estados, bordeando todo el país, observando los paisajes y su transformación paulatina. Asistió a los sermones de las iglesias los domingos y a eventos sociales y políticos, desayunó en cafés de carretera, acampó en los bosques, junto a ríos y lagos, y de vez en cuando se hospedó en algún hotel para asearse y descansar.

Le interesaba escuchar a la gente tanto en las ciudades como en los pueblos. Conversaba con camareras en restaurantes, con los vendedores en los negocios, con los camioneros, quienes le recordaban en muchos aspectos a los marinos. Invitó a los solitarios de los campos a un trago en su acogedor hogar móvil. Pensó en lo mucho que influyen la geografía y el clima en el carácter de las personas, y contempló bajo ese lente atmosférico sus propios estados de ánimo: a veces gente gris robaba toda su energía, impidiéndole disfrutar el paisaje; otros personajes le iluminaban el camino.

Steinbeck sintió fascinación por el lenguaje a todo lo largo de su país. Lector ávido de signos y avisos, percibió cómo cada estado intentaba decir algo bello de sí mismo, y comparó el lenguaje de las indicaciones de la ruta y de los anuncios: algunos más enfáticos y prácticos, otros más extensos y poéticos. También buscó las alternancias de acentos, de vocablos y de cadencias en los diálogos con las personas e intentó reproducirlos, creando una imagen literaria de diversos tipos de *small talk*.

Lo que más cautivó a sus interlocutores fue *Rocinante*. Acogidos por la calidez del diminuto hogar y por la hospitalidad de Steinbeck, este pudo advertir en ellos un anhelo de viaje,

de partir quizás no *hacia* algún lugar, sino *lejos* de algo. La casa rodante encendía ese deseo en sus ojos. A pesar de la parquedad de algunas personas, Steinbeck veía en aquel destello la señal de lo más humano en cada una de ellas: algún recuerdo o sueño oculto.

La relación entre escritura y viaje es estrecha, o bien, la escritura es el viaje. Steinbeck seleccionó, examinó y narró cuidadosamente sus impresiones, queriendo determinar lo que había aprendido sobre su país: el progreso y su parecido con la destrucción, la tendencia enfermiza a acumular basura, el miedo o el tedio general a expresar una posición política, la obsesión masculina con la caza, la enorme diferencia entre la comida casera y la artificial, el crecimiento desmedido de las ciudades y la desolación de los pueblos, el ambiente hostil del sur, provocado por el fuerte racismo, cuyas crudas imágenes lo acongojaron hasta producirle náuseas.

Rondaba los sesenta años y era un escritor famoso: había ganado el premio Pulitzer veinte años atrás, y tan solo dos años después recibiría el premio Nobel. De modo que justificó su viaje en la necesidad de conocer más a fondo su país para sentir y descubrir sus múltiples realidades, temas de su escritura.

Sin embargo, al escribirlas, se percató de que esas innumerables y distintas realidades de su país podían ser percibidas de manera completamente diferente por otros ojos y durante otra estación o circunstancias. La realidad externa se escapa: un viaje siempre es interior. Cuando un hombre conduce durante horas por largas carreteras, realmente va dentro de sí mismo, en el flujo enrevesado de

sus pensamientos. Steinbeck había salido en busca de temas, y el tema hallado fue el viaje propiamente: el suyo, pero también el de su compañero.

Entrañable es el personaje que creó de Charley, forjado su carácter sin humanizarlo, y maravillosa la descripción del vínculo entre ambos, su capacidad de comunicarse efectivamente. Diplomático y cortés innato, Charley descubrió sin embargo su ferocidad más temeraria e instintiva al conocer a los osos en uno de los parques naturales del oeste.

También él estaba interpretando el mundo, pero a través de su nariz, y también dejaba escritas sus notas, aunque en árboles y arbustos. Los horizontes y mensajes del hombre y del perro, observó Steinbeck, eran igualmente limitados y efímeros.

Si bien Charley no tenía la agudeza intelectual de un humano, tampoco participaba de sus problemas inherentes, como el racismo. En cambio, a Steinbeck le parecía que el perro podía demostrar cierto asombro, cierto desprecio ante la locura humana que intuía.

Cuando *Rocinante* atravesó California, Steinbeck tuvo la oportunidad de visitar su pueblo natal, llamado Salinas. Recorrió sus calles, saludó a algunos viejos amigos, pero muy pronto decidió marcharse. El viaje le había dado una revelación sobre sí mismo. Su retorno había sido el de un fantasma: ya él no era como lo recordaban y, a su vez, él no podía reconocer lo que veía. Su presencia actual importunaba el recuerdo de los otros, y así la de ellos para él.

Subió a una montaña desde donde podía divisar el valle hacia el sur, oeste y norte, y antes de despedirse y emprender el camino de regreso al este le contó a Charley todos sus mejores recuerdos, que para él seguirían sucediendo en un lejano pasado permanente en su memoria. ■

Julia Escobar Villegas (Colombia).

Nacida en Medellín en 1988. Graduada en Filosofía en la Universidad de Antioquia. Profesora de español y estudiante de maestría en Literatura Española y Latinoamericana en la Universidad de Cincinnati, Estados Unidos.

Bibliografía

Steinbeck, J. (2002). *Travels with Charley in Search of America*. New York: Penguin Books.



delaurbe

Periodismo universitario para la ciudad

Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

<http://delaurbe.udea.edu.co/>
@Delaurbe

Calle 67 No. 53-108. Bloque 12 - 122
Teléfono: 2195912
Medellín – Colombia